

VANGUARDIA Y NUEVA BIOGRAFÍA EN ESPAÑA

MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

La *nueva biografía* aparece en España vinculada a la actividad de los creadores de vanguardia en los años veinte y treinta del siglo XX. El excelente trabajo de Enrique Serrano Asenjo sobre sus “aspectos teóricos” así lo hace ver y con él se añade un importante eslabón a la atención crítica que transforma el desconocimiento de hace no mucho tiempo sobre la actividad de renovación y ruptura en esas décadas en iluminación de los distintos aspectos que la componen¹. La dedicación actual a la creación biográfica, autobiográfica y memorialista y, en pareja medida, a su estudio, acrecientan también el interés que estos temas suscitan.

La delimitación temporal se lleva a cabo en un breve Prólogo en el que una Encuesta realizada en 1944 por *La Estafeta Literaria* entre numerosas librerías y editoriales apunta al agotamiento del género por “la saturación de biografías por parte del público”. El inicio de esta modalidad biográfica (“biografía entendida como arte”) con las obras de Lytton Strachey *Victorianos eminentes* (1918) y *La Reina Victoria* (1921), de los que hay recientes ediciones en la Editorial Valdemar, tarda casi una década en producirse en España y se sitúa por Serrano Asenjo entre 1928 (con el apartado de “Biografías” de *El Sol* en sus reseñas literarias y la publicación de *Goya*, de Gómez e la Serna, entre otros hechos) y 1929 (en el que comienza la colección de “Vidas Españolas” de Espasa-Calpe, esencial para las *nuevas biografías*). Ya desde estas primeras páginas se nos señalan otros aspectos imprescindibles: la importancia de Ortega y Gasset, para quien las biografías implican un notable valor educativo, aunque él no construyera “ninguna biografía de verdad”; y la popularidad del género, que lleva a su dimensión mercantil (que tanto tendrá que ver con la actividad de algunos de sus más conspicuos cultivadores, como sucede con Ramón Gómez de la Serna). Finalmente, el autor precisa el doble objetivo de su estudio: llamar la atención acerca de una apreciable parcela de la

¹ Enrique Serrano Asenjo, *Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva biografía en España* (1928-1936), Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002, 238 pp.

literatura de estos años y empezar a recoger las reflexiones teóricas sobre la *nueva biografía*. Ambos propósitos tienen la realización más que cumplida de “iluminar una tesela de un género de edad venerable”, como su acertada cita de Plutarco recuerda.

La aproximación a la *nueva biografía* en España exige llevarla previamente a cabo en el ámbito europeo y a esta tarea se dedica el capítulo primero. En él se señalan las fronteras cronológicas: entre las dos guerras mundiales; mucho interesa la apreciación de que, tras aquél conflicto, “se produce este fenómeno literario, pero también social, a saber, el intento por parte de algunos creadores de bucear en el pasado inmediato, a fin de aclarar su presente de destrucción” (p. 18). Sucede, pues, a mi juicio, algo que conviene aplicar con gran frecuencia a lo largo de todo el siglo: el empleo de la historia en la creación literaria (la teatral, especialmente) como “iluminadora” del presente del escritor. El género biografía implica, lógicamente, una perspectiva “individualista” que ahora se enriquece con los avances de la Psicología y, sobre todo, del Psicoanálisis; de ahí deriva en buena parte la conflictiva relación novela-biografía, de la que deriva el “hibridismo” de estas nuevas biografías, y Serrano analiza la opinión al respecto de los más solventes investigadores actuales (Garraty, Madelénat, Edel). Freud, cuya aportación básica “se encuentra en el enriquecimiento de la dimensión humana con el concepto de inconsciente y la técnica para acceder a él” (p. 25), y Bergson, que destaca la naturaleza subjetiva de lo temporal y el valor de la intuición, son dos nombres fundamentales en este panorama que es dibujado con precisa claridad. A ésta contribuiría sin duda la traducción de todos los textos citados, no siempre accesibles a todos los lectores.

El apartado siguiente se dedica al *creador* de la *nueva biografía*, Giles Lytton Strachey, autor de *Victorianos eminentes* (1918) y *La Reina Victoria* (1921), de los que hay recientes ediciones en la Editorial Valdemar, y en alguna ocasión teorizador de la misma. En su Prefacio a *Victorianos eminentes*, el que fue considerado “el biógrafo más importante del mundo” en esos años establece, sancionando ideas anteriores, que “el primer deber del historiador es ser un artista”, axiomática afirmación en la nueva configuración del género. Otros apartados corresponden a André Maurois, defensor, en esa misma línea, de “la biografía como arte”; a Virginia Woolf, tanto por su novela *Orlando* como por sus artículos, que “contribuyeron a crear un nuevo clima de apertura entre los cultivadores del género” (p. 53); a Emil Ludwig, biógrafo de gran éxito pero de ubicación marginal en la construcción teórica; y a Stefan Zweig, verdadero maestro de las memorias y con ideas que coinciden con las de Strachey. El camino que éste abrió tiene su término en el suicidio del escritor vienés en 1942.

Las consideraciones generales sobre “el caso español” constituyen el segundo capítulo. Con el bien trazado panorama europeo al fondo se ofrecen los nombres y circunstancias particulares del género en nuestro país. Los “logros” de Ricardo Baeza se refieren sobre todo a su condición de pionero por sus tempranos cuatro artículos en *El*

Sol (del 29 de abril al 7 de mayo de 1927) sobre “el nuevo arte biográfico”; a su voz se unen las de otros prestigiosos “lectores” (Enrique Díez-Canedo, Máximo José Kahn, Manuel Hidalgo y Juan José Domenchina), que, desde diferentes posiciones, “comparan su aprecio por el rumbo último de esta modalidad de escritura” (p. 80).

Los “autores de vidas” se corresponden con inclinaciones diversas, desde las aportaciones de César M. Arconada dentro del mundo del cinematógrafo (Greta Garbo, Charlie Chaplin, Clara Bow, Harold Lloyd), tan apreciado en la vanguardia; a las más tradicionales de Pío Baroja: *Avinareta*, *Van Halen*, *Siluetas románticas*; las psicológicas de Ramón J. Sender (*El Verbo se hizo sexo. Teresa de la Cruz*) y Joaquín Arderius-José Díaz Fernández (*Vida de Fermín Galán. Biografía política*); el lirismo e interiorización de Manuel Altolaguirre en *Garcilaso de la Vega*; o el distanciamiento irónico de Eduardo de Ontañón en sus biografías de *El cura Merino* y de *Frascuelo*. Marañón resulta un “extraño caso” puesto que, si su vida del conde-duque de Olivares es citada por Brenan como muestra de “cierto progreso en el arte de la biografía” y manifiesta la necesidad de “interpretar” los hechos, por sus prejuicios choca con las nuevas tendencias.

Advierte Serrano la importancia e interés que tiene la vertiente editorial del género, cada vez más estudiada: las biografías son un hecho estético pero también “un fenómeno de mercado de dimensiones extraordinarias” (p. 80). Entre las Editoriales, con diferentes planteamientos, cabe destacar Juventud y Espasa-Calpe, ésta con dos difundidas colecciones al frente de las cuales se encontraban Fernández Almagro y Marichalar. La extensa actividad de Ramón Gómez de la Serna en el campo de las biografías (en las que siempre el valor literario supera al histórico) debe mucho a esa vertiente mercantil puesto que para alguien decidido a “vivir de las letras” era este género de particular conveniencia. En él, la característica fundamental de Ramón es el difícil deslinde de lo biográfico y autobiográfico que lo llevan a hacer biografías desde presupuestos nuevos (las coincidencias con Strachey son innegables) pero, dada la singularidad del autor, “muy difícilmente imitables” (p. 95). Con buen criterio Serrano Asenjo no se limita a las grandes biografías compuestas en el lapso del libro: *Goya* (1928), *Azorín* (1930, sólo mencionada) y *El Greco* (1935) sino a las más numerosas que las preceden y siguen y, como es lógico, a sus reflexiones teóricas, como las del prólogo a sus *Retratos contemporáneos* y *Nuevos retratos contemporáneos*.

Los tres capítulos siguientes tienen nombre propio, aunque en su interior surjan otros: Ortega y Gasset y Benjamín Jarnes enmarcan el de *Revista de Occidente*. Al de Ortega se une el de Rosa Chacel, colaboradora en la capital colección de biografías de Espasa-Calpe “Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX” pero en la que no llegó a participar a pesar de confeccionar una biografía de Teresa Mancha, la amante de Espronceda, que en 1941 publicó como novela. En varias ocasiones insistió ella en el “ideal pedagógico” que encerraba el empeño del ilustre filósofo de la confección y publicación de las “colecciones de vidas”. Serrano recuerda que es conocido el perma-

nente interés de Ortega por el tema biográfico y con sus escritos y lo ya estudiado acerca de ellos compone lo que sería “una teoría orteguiana del género”, que culmina con la afirmación en su último libro publicado de que “toda existencia personal es el más atractivo enigma”. No deja de referirse después a las originales ideas de Eugenio D’Ors, aunque con mucha brevedad porque este autor cuenta con una monografía sobre su producción biográfica, lo que, por otra parte, no es nada habitual.

Revista de Occidente, revista tan favorecedora con el *arte nuevo*, deja ver esa inclinación y la de Ortega por el género biográfico. Más de cien trabajos (reseñas, artículos, y fragmentos de textos cercanos a su publicación) relacionados con él aparecen en sus páginas, principalmente en 1928 y 1929. Al hablar de su asiduo colaborador Antonio Marichalar y de su “sagaz” artículo sobre Strachey, incluido en 1933 en *Mentira desnuda (Hitos)*, Serrano se refiere y explica la expresión que encabeza el título de este libro: “Vidas oblicuas”: “La nueva biografía, literaturizada, la de Strachey, es ‘mentira desnuda’ en sentido estricto. Se trata de un tipo de relato ‘oblicuo’, relato que se desvía de lo superficial, para acceder dando un rodeo a lo que realmente importa, o que miente para descubrir, *literalmente*, la verdad” (p. 156). Continúan las aportaciones, aun de distinto signo siempre agudas, de José María Quiroga Plá, Francisco Ayala, el mejicano Jaime Torres Bodet, Juan Chabás, Antonio de Obregón, Agustín Miranda, Fernando Vela, Ricardo Gullón y el vanguardista Antonio Espina, autor, además, de dos biografías, la muy digna de ponderación *Luis Candelas, el bandido de Madrid*, de 1929 (no me resisto a recordar la atracción que el bandido madrileño ha ejercido, en piezas muy recientes, sobre dos dramaturgos actuales: Lauro Olmo y José María Rodríguez Méndez); y la posterior, dedicada al insigne actor murciano Julián Romea: *Romea, o el comediante* (1935).

Finalmente, el capítulo quinto se centra en uno de los grandes creadores de la prosa de vanguardia, Benjamín Jarnés, habitual colaborador de las “Vidas españolas...” de Espasa-Calpe, donde se ocupó de Zumalacárregui, Castelar y Bécquer, que siguieron a la más conocida de las suyas, la serie: *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*, de 1929 (ya con anterioridad personaje literario y luego destacada figura de un texto teatral de Domingo Miras). En la “nota preliminar” a esa obra Jarnés completa pensamientos expresados en anteriores reseñas de biografías que luego se amplían en valiosos textos posteriores, muy especilmemente en *Stefan Zweig, cumbre apagada. Retrato* (1942).

Una amplia “Bibliografía consultada” deja traslucir el mapa de las múltiples lecturas teóricas y de creación por las que Enrique Serrano Asenjo ha transitado para trazar este sugerente y riguroso estudio acerca de un nuevo modo de construir la biografía en unos años y en unos autores de la vanguardia de las que hemos heredado “un puñado pequeño de grandes obras y unos cuantos intentos de pensar, un poco a trompicones, con textos muchas veces de circunstancias mas también a su altura, cómo la vida puede caber en las manos simuladoras, tan oblicuas como certeras, del lenguaje” (p. 207).